

¿Qué debería dejarnos como sedimento el período de formación?

1. ¿Qué se entiende por formación?

Por su origen etimológico (Gómez de Silva, 1985), la palabra *forma* significa tanto “forma” como “belleza, hermosura”; de modo que el concepto de forma lleva implícito el de belleza: decir forma, es casi lo mismo que decir “bella forma”. Si se tiene en cuenta, además, que en la filosofía clásica lo bello y lo bueno coinciden, decir *formarse* conllevaría la idea de alcanzar la “buena forma”.

Cabría discutir entonces qué entendemos por “buena” forma, o más específicamente: ¿qué queremos decir con **formación** (buena formación)?

El *Diccionario de uso del español* (Moliner, 1986), en la acepción que nos interesa, define *formación* como “adiestramiento en determinada materia o actividad”; y ejemplifica: “Ha recibido una buena formación en el colegio. Tiene una buena formación literaria. Una sólida formación religiosa. Una escuela para la formación de obreros”.

Justamente desde esta perspectiva, la del uso, es común oír decir, de un profesional, que “está bien formado”. Cuando esta expresión se usa en un sentido amplio, remite a la formación teórica, académica. Sin embargo, “saber mucho”, no alcanza para estar bien formado. Por eso, en otro sentido, un poco más circunscripto, la expresión “buena formación” refiere a algo que se alcanza después del egreso de la Universidad.

Cuando se quiere elogiar a un profesional maduro se dice que “tiene una amplia experiencia”, en cambio, cuando se quiere hablar bien de un joven profesional se dice que “es un profesional bien formado”. En cierto modo, “buena formación” es, entonces, la virtud de un joven que sin haber podido todavía acumular mucha experiencia, ha podido recibir y “apropiarse” de las experiencias de los otros y tomarlas como referente interno para su tarea.

Sin pretender trazar una definición cerrada, podríamos estar de acuerdo entonces, en que una “buena formación” implicaría un saber teórico y un saber práctico. Estos saberes, sin embargo, son más que mero conocimiento. Se parecen a una sabiduría que da lugar a una **actitud** o una **forma** de enfocar las tareas profesionales desde un punto de vista específico, especializado, propio, diferente al del lego. Parece implicar un conocimiento que, aunque lo incluye, excede lo académico y tiene que ver con un aprendizaje amplio y al mismo tiempo hecho carne propia, tanto en lo teórico como el lo práctico.

En otras palabras, la **llamada formación parece ser una base, una plataforma, un fundamento que sirve de sustento para todo lo que uno va a ser y hacer profesionalmente**. De acuerdo con lo dicho, la formación analítica coincidiría con lo que Racker (1958, p. 45) llamó una **posición o actitud interna básica**, que todo analista, lo sepa o no, tiene.

2. El período de formación

No cabe ninguna duda de que el proceso de formación es algo constante; por eso, para el caso de la formación analítica, es totalmente aplicable la famosa pregunta de Freud “¿terminable o interminable?”.

Sin embargo, si como veníamos diciendo la formación permite construir una **actitud interna de base**, es coherente imaginar un período durante el cual acontece lo esencial de la formación de esa actitud.

Para evitar una discusión inútil, convengamos que nuestra identidad profesional, como toda identidad, se constituye a partir de núcleos centrales más duros, que tienen mayor invariancia y capas menos profundas, con mayor posibilidad de cambios. Justamente, de acuerdo con esta convención, cuando hablamos de la formación como base interna o fundamento queremos referirnos a los núcleos centrales, más duros, menos modificables, que se configuran en las etapas tempranas de la constitución de la identidad de la que se trate, en nuestro caso de la identidad profesional psicoanalítica.

Creo que quien más quien menos, todos tenemos el recuerdo de ciertos **períodos de nuestra vida, especialmente significativos, que nos marcaron para siempre**. Pero un día, mientras leía la novela *El entenado*, de Juan José Saer (1982), la idea de un período que nos marca con especial intensidad cobró para mí una particular fuerza vivencial. Justamente fue su lectura la que me motivó a escribir estas reflexiones.

El protagonista de *El entenado* es un anciano de más de ochenta años que narra, retrospectivamente, la profunda huella que le dejó haber vivido 10 años en una tribu de indígenas, en las arenosas playas del río Paraná: era muy joven aún y había sido tomado como rehén mientras formaba parte de una expedición española durante la época de la conquista.

El personaje reflexiona y evalúa que aquellos años juveniles, vividos entre gente que pensaba y sentía tan diferente, habían constituido para él una experiencia formadora que le quedó grabada con tanta intensidad, que aún cuando en los muchos años que le siguieron vivió cosas importantes y variadas, ninguna le había podido imprimir una huella tan indeleble, equivalente a la que aquellos años le habían dejado en su alma.

Con la exageración propia del poeta que quiere hacernos partícipes de una vivencia intensa, Saer (1982; p. 118) le hace decir a su personaje: “*yo era una arcilla blanda cuando toqué esas costas de delirio, y piedra inmutable cuando las dejé*”. Nos transmite así que hay un antes y un después. Que nunca más algo llegó a modificarlo tanto como ese período.

En lo que a nuestra profesión se refiere —tan compleja que Freud mismo mientras la ejercía, paradójicamente, decía que era imposible—, creo que suele ser durante un período —el de la formación— en el que se nos graban más las improntas de nuestra identidad como psicoanalistas.

3. Un sedimento posible del período de formación

Después de los comentarios sobre la formación y el período en el que acontece, cabe que nos preguntemos, qué es lo que podemos esperar de la

formación, cuál sería la base que nos gustaría que nos quedara como resultado de las distintas actividades o tareas formativas.

En otras palabras, este trabajo no se propone hablar de los caminos a través de los cuales se llega a obtener la formación: el análisis personal, los seminarios, la supervisión, etc.; es decir, no se propone hablar del **cómo**. Se propone, en cambio, poner en debate el **qué**, o sea, el contenido que queda como decantado después de recorrer esos caminos.

Pienso que en su conjunto, el período formativo debería dejarnos como sedimento, como precipitado sólido, como impronta, una muy particular **posición o actitud interna básica** que nos caracterice como analistas. Y sugiero, para el debate, cuatro líneas que enmarquen esa actitud. Dos de ellas están referidas a nuestra postura frente al paciente y otras dos referidas a nuestra postura como analistas frente a nosotros mismos.

Seguramente todo analista, en base a diferentes preferencias personales, podría elegir otras líneas, e imaginar otro cuadrilátero para encuadrar la identidad profesional. A modo de argumentos para dialogar con los colegas de este pre-congreso, expondré ahora los motivos que me llevaron a preferir las líneas de este contorno.

Pienso que, en relación al paciente, **la primera** y fundamental actitud que debemos tener es el **respeto**, que implica reconocerlo y aceptarlo en lo que tiene de sano y lo que tiene de enfermo¹. Sin duda esta postura incluye todo lo que llamamos la ética profesional, pero creo que también va más allá de cumplir con un deber; me refiero a una actitud verdadera de valoración, de reconocimiento, que implica poder ponerse en el lugar o el punto de vista del paciente.

A la **segunda línea** cabría denominarla **actitud de confianza en las potencialidades sanas**. En esta actitud se incluye la capacidad de ver más allá de las apariencias o, en otras palabras, **la capacidad de ver lo inconsciente detrás de lo consciente**. La cuestión es qué subrayamos de lo inconsciente que vemos. En eso hay posturas de fondo muy disímiles.

Están aquellos que fundados en sólidas teorías prefieren analizar la “transferencia negativa”. Subrayan entonces el develamiento de las resistencias, de lo hostil, o incluso de lo erótico utilizado con fines “negativos” para la cura y/o para la vida. Por este camino procuran promover el desarrollo de los aspectos positivos que habían permanecido oprimidos por los impulsos destructivos, tanáticos, etc., según sea el referente teórico que se utiliza.

Otros prefieren subrayar la virtualidad sana, por considerar que desde esa perspectiva el paciente se siente mirado de otra manera, y valoran esta nueva “mirada”, esa nueva actitud, como un factor terapéutico esencial, ya que suele suceder —y cuanto más enfermo es el paciente más cierta es esta afirmación—

¹ Todo analista tiene derecho a reconocer un límite en sí mismo que le impide aceptar determinados síntomas, determinados caracteres o determinadas patologías. En estos casos, el respeto —o sea la ética— consiste precisamente en no tomar el paciente y orientarlo hacia quien pueda hacerlo mejor.

que es la primera vez que el paciente es mirado de esta nueva manera, con auténtica confianza en él.²

Una tercera línea para este marco básico, es la actitud de **respeto del analista hacia sí mismo**. Con esto me refiero esencialmente a reconocer, aceptar y justipreciar, **sin censura**, todos y cada uno de los sentimientos contratransferenciales que la labor trae aparejada. Entiendo que es a partir de esta actitud hacia nuestros propios sentimientos que es posible valorar la contratransferencia como el máximo instrumento para el conocimiento del alma humana.³

Por último, la **cuarta línea** del marco propuesto como sedimento de la formación la sintetizo en la expresión **“capacidad de sostener la transferencia”**.

Tomo esta frase de Rodrigué quien en un reciente escrito donde se pregunta por el futuro del psicoanálisis, afirma —citando a Radmila Zygouris—: “el psicoanálisis está presente cuando hay un analista dispuesto a sustentar una transferencia. Cosa (...) que no es nada fácil.” (Rodrigué (2006; p. 72). El autor no explicita qué entiende él por “sustentar la transferencia”. Y tal vez sea mejor. De este modo, en esta expresión se puede condensar todo lo que se entiende por capacidad analítica y así permanece en la “penumbra de asociaciones” todo lo que cada uno prefiera incluir en esa aptitud.

En síntesis:

- **Respeto auténtico por el paciente.**
- **Confianza en sus potencialidades sanas.**
- **Respeto del analista por los propios sentimientos.**
- **Capacidad de sostener la transferencia.**

Procurando argumentar conmigo mismo sobre el porqué de éstas y no otras líneas, caí en la cuenta de que, en gran medida, **parecen corresponder al yo y a los tres vasallajes** a los que —según Freud (1923*b*) en *El yo y el ello*— obedece. Así, el analista, el yo del analista, está acotado por la imperiosa necesidad de tener en cuenta lo que se le exige desde distintos lados.

El primer punto, el del respeto, espeja el vasallaje frente al superyó. El paciente es para nosotros un semejante y como tal, las relaciones con él deben estar regidas por las normas éticas. Justamente un superyó sano —protector, maduro—, un superyó que más que regular protege y cuida la salud de nuestros vínculos induce a una actitud que sería de comprensión y escucha antes que de condena y descalificación.

² Son muchos los autores, por ejemplo, el mismo Racker, ya citado, que adoptan esta actitud de base. La terminología que utilizo aquí —potencialidad o virtualidad sana, una nueva mirada, etc.— surge específicamente de mi contacto personal con García Badaracco y sus textos (ver, por ejemplo, García Badaracco 2006*a*) .

³ Como este trabajo se propone sobre todo ofrecer una serie de sugerencias para un debate, no creo necesario fundamentar las propuestas con la variada bibliografía psicoanalítica que existe sobre cada aspecto. En este punto, por ejemplo, sería obligada la referencia a Heimann (1950) y Racker (1958). En el texto sólo se cita explícitamente cuando se utiliza un término o una frase textual de algún autor.

El segundo punto, cuando preferimos tener en cuenta y subrayar las potencialidades sanas, corresponde al vasallaje frente a la realidad. Y nuestra realidad, nuestro objeto de estudio, nuestro mundo a percibir es el paciente: su discurso, sus vivencias, su vida. Así como, viendo el amplio mundo que la realidad nos ofrece, nuestro yo elige qué mirar y dónde poner los acentos —y eso determina una manera de vivir—, así, el yo del analista puede tomar diferentes caminos electivos. Aquí la actitud del analista viendo lo inconsciente, viendo lo que los otros no ven, más que un vasallo, podría ser el que lleva las riendas para conducir el proceso por caminos nuevos que de otro modo no serían posibles. Y es aquí donde elige si acentuar un aspecto u otro. Sería así, con su nueva mirada, el que posibilita que el paciente pueda verse a sí mismo de otro modo, de un modo que él mismo quizás nunca se vio.

La línea que remite a respetar los propios sentimientos espeja el vasallaje del yo frente a las exigencias del ello, o sea, la atención que debe prestar a las pulsiones y a todas las mociones de sentimientos que desde allí surgen. Considero fundamental reconocer los propios sentimientos porque siguiendo las enseñanzas de Racker (1958), pienso que el reconocimiento y análisis de los propios sentimientos —concordantes o complementarios— es el mejor camino para conocer al semejante.

Por último —o en realidad, ante todo— **la capacidad de sostener la transferencia**, que sería justamente una capacidad del yo, **la capacidad esencial, constitutiva del yo de analista**.

Como ya se dijo antes, los medios para adquirir esta actitud de base son el conocido trípode: el análisis, los seminarios y la supervisión. Creo, en este punto, que no estaría demás subrayar la importancia de un cuarto pie de apoyo: **la convivencia** con los analistas, los docentes y los compañeros de formación.

Creo que un analista que después de transcurridos los años de formación tuviera como actitud interna básica el marco de estas cuatro líneas, tendría la base fundamental sobre la que se irían configurando el conocimiento, la experiencia, el cúmulo de teorías y técnicas y la variedad de enfoques y orientaciones que ofrece el psicoanálisis hoy.

Bibliografía

FREUD, Sigmund (1923b) *El yo y el ello*, en *Obras completas*, Buenos Aires, AE, tomo XIX, págs. 1-66.

GARCÍA BADARACCO, Jorge (2006a) "Virtualidad Sana", en *Una nueva manera de pensar la mente y la salud mental*. (En prensa)

GOMEZ de SILVA, Guido, (1985) *Breve Diccionario Etimológico de la Lengua Española*, Fondo de Cultura Económica, México, 1993.

HEIMANN, Paula (1950) "On contratransference", *International Journal of Psychoanalysis*, XXXI, 1950.

MOLINER, María, (1986), *Diccionario de uso del español*, Editorial Gredos, Madrid.

RACKER, Heinrich, (1958) "Sobre técnica clásica y técnicas actuales del psicoanálisis", en *Estudios sobre técnica psicoanalítica*, Paidós, México, 1990.

RODRIGUÉ, Emilio, (2006), *La respuesta de Heráclito*, Buenos Aires, Topía Editorial.

SAER, Juan José, (1982), *El entenado*, Seix Barral, Buenos Aires, 2005.